

Thomas  
Hettche

**EL HILO  
DEL CORAZÓN**

Traducido del alemán por Paula Aguiriano Aizpurua

Título original: *Herzfaden*



La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Ilustraciones de Matthias Beckmann

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Cologne / Germany

Illustrations © Matthias Beckmann

© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

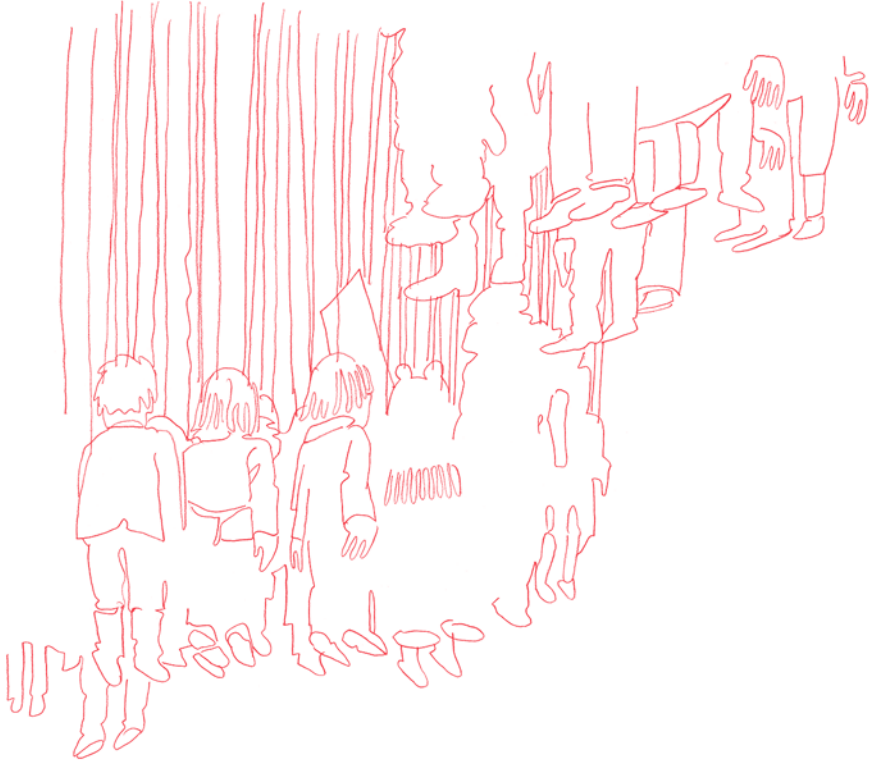
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-490-7

Depósito legal: M. 25.721-2021

Printed in Spain

*Este libro es para Feli.*



La niña se soltó de la mano de su padre y echó a correr. No quería que la viera llorar, ni siquiera ella misma entendía por qué de repente se había puesto tan triste que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Se abrió paso desesperada a través de las hordas de niños pequeños que se arremolinaban en el vestíbulo del teatro después de la función, y finalmente se acuclilló en el rincón más apartado de la gran sala, donde su padre no pudiera verla. Se sacó el iPhone del bolsillo de la sudadera y envió caritas llorosas a todas sus amigas. Al mismo tiempo se secó las lágrimas auténticas con la palma de la mano hasta que dejaron de brotar.

Cuando se le despejó la mirada, vio que tenía al lado una puercecita de madera pintada del mismo blanco que la pared, sin cerradura ni manilla. Con curiosidad, pasó los dedos por la rendija que había entre la madera y la piedra. La puerta se movió, pero tan pesadamente como si nadie la hubiera abierto en mucho tiempo. La niña se levantó y tiró de ella con todas sus fuerzas; enseguida, una corriente de aire frío y con olor a moho le acarició el rostro. Una gruesa capa de polvo cubría el suelo de piedra desnuda que conducía a una oscuridad absoluta y, a la luz que entraba desde el vestíbulo, la niña vio el primer peldaño de una escalera de caracol, y también el segundo, que desaparecía en la negrura. Cuando oyó que su padre la llamaba, se deslizó por la puerta y la cerró tras de sí.

Inmediatamente se hizo la oscuridad a su alrededor. El corazón se le salía del pecho. Encendió la linterna del iPhone y puso un pie en el primer peldaño de la escalera, después en el siguiente, y el siguiente, y continuó subiendo. A la débil luz del led, se sujetaba con fuerza a la columna en torno a la cual serpenteaba la escalera. De pronto se apagó la luz. La niña se detuvo temblorosa. Estaba segura de que justo antes le quedaba un setenta y cinco por ciento de batería.

Siguió subiendo a tientos escalón tras escalón. Sentía cada vez más frío. Se agarró a la columna de piedra y con la otra mano se puso la capucha. Se acordó de que esa mañana había querido ponerse a toda costa la sudadera blanca nueva y hacerse las complicadas trenzas que le había enseñado una amiga, aunque su madre le estuviera metiendo prisa porque llegaba tarde al tren. Al pensar en ello estuvo a punto de echarse a llorar otra vez. Cómo se le había ocurrido a su padre, pensó furiosa: las marionetas eran cosas de críos. Sin embargo, a medida que seguía subiendo la escalera interminable tenía la sensación de que peldaño a peldaño se iba haciendo más pequeña, de que pronto desaparecería en la oscuridad, dejaría de existir, y casi se alegró. Pero entonces su pie chocó contra algo duro.

La niña contuvo la respiración. ¿Sería otra puerta? Efectivamente, palpó algo de madera, y al apoyarse con todas sus fuerzas, esta puerta también se abrió. Contenta de escapar de la oscuridad, se introdujo por la abertura y enseguida se dio cuenta de que la negrura no cedía. Ya no sentía la estrechez de la escalera de caracol, pero ahora tenía la sensación de que la sala en la que se encontraba era enorme. El sonido de su respiración se perdía en el infinito. Su mirada atemorizada buscaba en las tinieblas algo en lo que apoyarse.

Y al cabo de un rato consiguió distinguir sombras; después, una débil luz que parecía filtrarse desde arriba. De forma lenta e imperceptible fue emergiendo una sala de la oscuridad, una sala inmensa. Arriba del todo, la niña distinguió las vigas vistas de un tejado, y después, entre las vigas, un ventanuco por el que entraba la luz de la luna, y en medio de la enorme buhardilla en la que se encontraba, el

punto en el que caía la luz, como si se hubiera extendido una alfombra blanca y redonda.

Y entonces descubrió otra cosa: estanterías a los lados de la inmensa estancia, altas estanterías de madera de las que colgaba algo. La curiosidad la llevó a acercarse para ver qué había allí; distinguió pies y brazos en la penumbra, cuerpos colgantes, ropa de colores. Eran marionetas, unas sobre otras, unas junto a otras, infinitas marionetas que colgaban tan ligeras de sus delgados hilos que, cuando la niña pasó caminando a su lado, empezaron a tabletear. Se detuvo asustada por lo inquietante del ruido.

Y a medida que el tableteo se acallaba, la niña oyó otra cosa. Se acercaban pasos en la negrura. El corazón se le desbocó mientras escuchaba los pasos sin saber qué hacer. Entonces emergió de la oscuridad una figura, al principio casi indistinguible, que se acercaba despacio a la alfombra de luz del centro de la buhardilla. Al principio la niña reconoció un vestido amarillo; después, dos trenzas negras. Finalmente, la figura se detuvo en medio de la luz de luna y se puso a cantar.

—Oh, qué hermoso, qué bonito, por la orilla el paseíto. Soy la princesa Li Si, no me encontrarán aquí.



—¿Li Si?

La niña sintió un gran alivio. Se acercó corriendo a la princesa, en la que hacía años que no pensaba y a la que tanto cariño había tenido de pequeña.

—Hola, niña —dijo la marioneta asintiendo con la cabeza de madera—. No tengas miedo. Soy la princesa Li Si, no me encontrarán aquí. Pam param pam pam.

—¡A mí tampoco!

La niña se echó a reír y sintió que el miedo se desvanecía. Quiso contarle a la princesa, que la miraba con sus amables ojos de muñeca, cómo se había escapado de su padre y la extraña forma en que había llegado hasta allí, pero de pronto oyó unas fuertes pisadas. Oteó la oscuridad.

—No tengas miedo, niña —dijo la princesa Li Si.

En ese momento, una cigüeña se asomó muy despacio a la luz, como si la oscuridad fuera una manta de la que estuviera saliendo, una marioneta vieja y muy gastada, que movía cuidadosamente sus largas patas y balanceaba la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda con curiosidad.

La niña observó un momento a la vieja cigüeña como hechizada; después, el tableteo y el traqueteo se fueron haciendo más fuertes en la oscuridad y apareció todo un ejército de hojalata seguido de tres diablillos, un esqueleto, la familia Mumin. La niña ya no sabía hacia dónde mirar, loros y ruiseñores y búhos y gaviotas aleteaban por encima de ella, burros y caballos y un pequeño corzo salieron de un brinco de la negrura, mullidas ovejas blancas, serpientes de distintas longitudes y colores se arrastraron hacia ella, gatos que agitaban la cola nerviosos y un perro salchicha que ladraba.

La niña vio que cada vez más marionetas, que hasta hacía un momento colgaban de las altas estanterías a los lados de la habitación, se soltaban de sus hilos y bajaban al suelo. Entre todos los animales que pululaban a su alrededor descubrió a la cerda Wutz y al pingüino Ping, a Schusch, al varano con su gorra roja, al elefante marino,



al león y al gato Mikesch, y entre todos los animales, al profesor Habakuk Tibatong y a Aladino, al pequeño Narizotas, a Madre Nieve y al bandido Saltodemata, a la pequeña bruja y a Zoppo Trump, al principito con el zorro, a Pepín y a la abuela, al sargento Matamicrobios y a Jim Botón, a la señora Quéé, al gigante-aparente Tur Tur, que cuanto más se acercaba, más pequeño se hacía, y a Lucas con Emma la locomotora, que se aproximó despacio y se hizo sitio con cuidado entre la multitud.

Todos se arrimaron al círculo de luz donde estaba la niña con la princesa Li Si. Hubo codazos y empujones; un poni tropezó con un enano y se cayó de morros, y la niña estaba demasiado desconcertada por el caos para darse cuenta de que todas las marionetas eran tan grandes como ella y se movían sin hilos, como si estuvieran vivas, y además hablaban y relinchaban y balaban. Pero sobre todo, la niña no se dio cuenta de que alguien más emergía de la oscuridad. Hasta que la figura estuvo justo delante de ella, no levantó sorprendida la mirada.

Era una mujer preciosa, gigantesca, con un anticuado vestido de raso color crema que se parecía a la luz de la luna. Apoyaba un brazo sobre el otro y llevaba un relojito de plata en la muñeca. Tenía un cigarrillo entre los dedos y fumaba. El esmalte de uñas y el pintalabios eran del mismo color rojo que sus zapatos de tacón.

—Fumar es malo para la salud —dijo la niña.

La mujer asintió sonriendo y se sentó en el suelo con un suspiro; todas las marionetas le hicieron sitio encantadas. Dejó las piernas rematadas por los zapatos rojos juntas como las patas de un ciervo. Y de pronto tenía en la mano un cenicero plateado, que abrió para apagar dentro el cigarrillo.

—Tienes razón, fumar es malo para la salud. Pero en mis tiempos se hacía.

—¿En sus tiempos? ¿A qué se refiere?

—Ay, cariño, pero ¿qué te pensabas? ¡Hace mucho que estoy muerta!

La niña se horrorizó, pero ¿qué podía hacer?

—No tengas miedo, niña —repitió la princesa Li Si, que ahora estaba en el suelo junto a la mujer, arrodillada como una auténtica princesa china.

—¿Quién es usted? —preguntó la niña en voz baja.

—Soy Hatü.

—¿Hatü?

—Suena divertido, ¿verdad? —La mujer le sonrió a la niña—. Se lo inventó mi hermana. En realidad me llamo Hannelore, pero cuando ella era pequeña no sabía pronunciarlo.

—Hatü —repitió la niña—. Me parece un nombre bonito.

—Hatü —le susurran al oído—. ¿Estás dormida?

Hatü tiene que hacer esfuerzos para no reírse. Está tumbada de espaldas, una nube pasa por delante del sol y hace sombra en los párpados cerrados. Después, el calor vuelve a arderle en la piel. La hierba le cosquillea los brazos desnudos, también los pies descalzos. Huele el aroma del prado caliente por el que no sopla ni una brisa. Solo se oye el fuerte canto de los grillos. A veces enmudecen, como si contuvieran la respiración, y durante un rato el silencio es absoluto. Se imagina a Dios observándolas a las dos desde lo alto, tumbadas en la hierba alta, vestidas iguales con el *dirndl* y el delantal rojo que su madre les ha confeccionado expresamente para las vacaciones. Se imagina que desde allí arriba son dos muñecas, dos muñecas en un prado. En marzo ha cumplido ocho años; su hermana ya tiene nueve. Su amor por Ulla es tan intenso que le arde el pecho de lo mucho que la quiere.

—Quiero contarte un secreto —susurra Hatü.

—¿Qué secreto? —le responde su hermana, también al oído. Siente el cálido aliento de su respiración.

Hatü gira la cabeza hacia Ulla y abre los ojos. No son gemelas, pero se parecen mucho, y cuando mira a Ulla, Hatü siempre tiene la sensación de estar mirándose en un espejo.

—Quiero a papá más que a nada en el mundo.

—¿Más que a mí?

Hatü asiente. Está feliz de haberlo dicho, y sabe que su hermana no se ha enfadado. Efectivamente, Ulla la abraza. No sabría decir cuánto tiempo llevan allí tumbadas; el mundo parece haberse detenido.

—Hatü —susurra Ulla un poco después. Señala las montañas—. Mira ahí.

Hatü se vuelve y mira el valle con los ojos entrecerrados.

—Hace nada, el sol estaba justo sobre esa cumbre. Se llama Elfer, ‘la de las once’, porque justo eran las once de la mañana. Y ahora el sol se acerca a Zwölfer, ‘la de las doce’. Cuando esté encima, será mediodía.

Hatü observa las granjas del valle, ve las vacas en el prado, como puntitos, e intuye el destello fino y frío del Breitach, que lo recorre todo. Y en ese momento descubre a su madre, que sube rápidamente por el prado y les hace señas con el brazo, Hatü ya la oye llamar.

Las hermanas se levantan de un salto, corren hacia ella por la hierba y se echan a sus brazos. Su madre tiene tanta prisa por llevarlas de vuelta a la granja que no se atreven a preguntar qué ha pasado. Su padre ya ha sacado el DKW azul del granero y está sujetando las maletas al portaequipajes. La madre envía a las niñas al baño una última vez; la una espera en la puerta mientras la otra está dentro. Hatü siente que ha pasado algo malo e intenta grabarse en la memoria como puede la casa en la que han pasado dos semanas de veraneo, la mesa del comedor con la lámpara de queroseno, las dos literas, las cortinas azules y rojas, el balcón de madera negra con el tejado a dos aguas. Cuando las dos hermanas trotan escaleras abajo, su padre ya está al volante y su madre las espera con la puerta del copiloto abierta de par en par para meterlas en el asiento trasero. No hay rastro de los dueños de la casa, la anciana pareja de campesinos que todas las mañanas les entregaba la leche a las niñas en una vieja lechera de hojalata.

El padre gira en el patio y toma el camino de arena hacia la carretera. Las hermanas se suben de rodillas al asiento en silencio, y observan tristes por la luna oval trasera como la granja con el viejo y enorme castaño se va haciendo cada vez más pequeña tras el polvo que levanta el coche, como si quisiera cubrir con un velo todas sus vacaciones.

—Qué raro que me hayas encontrado —dijo Hatü pensativa—. Esta es una casa muy vieja, llena de puertas y escaleras secretas, construida en la Edad Media con gruesos muros y pasillos que ya nadie recuerda para qué servían. Nunca había subido nadie hasta aquí. Claro que para eso hay que encogerse.

—¿A qué se refiere?

—¡Cariño! No creerás que soy una gigante.

Hatü ya tenía otro cigarrillo en la mano y se lo encendió con un mechero plateado que dejó junto al cenicero plateado. El humo ascendió por el haz de luz y la niña lo siguió con la mirada hasta que el delicado velo gris desapareció en la oscuridad absoluta del altísimo tejado. Asintió asustada.

Hatü negó con la cabeza mientras sonreía, como cuando un niño pequeño no entiende algo muy sencillo.

—¡Las marionetas no son tan grandes como tú, mi niña! Es que te has vuelto tan pequeña como ellas. ¡Y yo las he creado todas!

Hatü señaló a su alrededor con el cigarrillo encendido.

La niña se había olvidado completamente de las numerosas marionetas que las miraban sin decir ni pío.

—¿Las ha hecho usted?

Hatü asintió.

—Una vez mi papá me regaló un DVD de Jim Botón.

—Ah, ¿sí? ¿Y te gustó?

—Pues sí. Pero ya no soy tan pequeña. Tengo doce años.

Hatü sonrió sacudiendo la cabeza.

—Pues claro que eres pequeña. Y ahora más aún. ¿Tu papá y tú visteis juntos Jim Botón?

—Hace mucho que papá no vive con nosotras.

Hatü fumó en silencio y observó a la niña triste sentada delante de ella en la alfombra de luz de luna.

—Como todos los niños —dijo después de apagar el cigarrillo en el cenicerito plateado—, yo también tuve un padre. Era mucho más pequeña que tú cuando se marchó, y no sabía si volvería a verlo.

—¿Por qué se fue? —preguntó la niña, mirándola con curiosidad.

—Tuvo que irse a la guerra.

—¡Gracias a Dios! ¡Ha llegado el telegrama!

August Kratzert los está esperando en el patio de Donauwörther Straße. El carretero calvo es el dueño de la casa en la que viven. Él ocupa la planta baja con su mujer, Uschi, y el pequeño Theo, y detrás del edificio están el taller y el gran garaje donde construye autocares. El padre no se detiene a saludar, sino que enseguida empieza a desatar las maletas y bajarlas del portaequipajes.

El calor de esas dos semanas de verano se ha instalado en las oscuras estancias de la casa. La madre abre postigos y ventanas y prepara algo de comer en la cocina; el padre desaparece en el baño, Hatü va de habitación en habitación asombrada de lo extraño que le resulta todo. El mantel blanco bordado sobre la mesa redonda del comedor, el sofá y el piano junto a la librería oscura del salón, el dormitorio de sus padres, donde las contraventanas siguen cerradas y la escasa luz se concentra en el cubrecama verde dorado y en el espejo del tocador. Incluso su propio cuarto le parece como transformado. Ulla lee tumbada en la cama. Hatü se sienta en el suelo y saca sus muñecas, a las que no ha visto en dos semanas.

Sin embargo, no puede dejar de pensar en el viaje. En cómo temblaba la aguja del velocímetro. Landsberg am Lech pasó volando a su lado, Igling, Kaufering, Hurlach. Al pasar por la base aérea de

Lechfeld, un gran avión militar los sobrevoló con un gran estruendo. La madre preguntó si iría rumbo a Polonia; el padre no contestó. Las hermanas siguieron con la mirada el avión de morro de cristal y dos hélices, en cuyo timón de cola resplandecía la cruz gamada roja. Lo observaron elevarse pesadamente hacia el cielo todavía despejado. Vieron otro avión, y otro más, y después desaparecieron de su vista. Poco después apareció a mano derecha la arboleda del Siebentischwald, por la que salían a pasear algunos domingos; a continuación, la entrada de la Rotes Tor. Y a pesar de que poco antes Hatü estaba triste por haberse marchado del prado junto al bosque, ahora se alegraba de volver a estar allí. De la Perlachturm y del ayuntamiento parecían colgar más banderas con esvásticas que de costumbre, las telas rojas ondeaban muy juntas al aire pesado y caliente. La fuente de Augusto estaba desierta y no se veía ni un alma en las tiendas del Hoher Weg; apenas había coches por las calles.

Durante la comida, los padres no dicen ni una palabra y las hermanas siguen sin atreverse a preguntar qué pasa. Comen patatas con tocino a la sartén, y solo se oye el tintineo de los cubiertos. Más tarde, cuando los padres las llaman al pasillo, entienden lo que ha pasado. La tensión acumulada durante todo el día se libera y Hatü se echa a llorar, solloza con los brazos caídos, todo su cuerpecito se estremece y las lágrimas le caen sobre el delantal rojo del *dirndl*, y a través de las lágrimas ve a su padre, lo tiene delante vestido de uniforme, extraño con su chaqueta gris de botones metálicos grises y el águila plateada con la esvástica en el pecho, y entre lágrimas observa los pantalones grises y las botas negras que nunca le ha visto puestas, el casco de acero en la cabeza, y sabe que ha llegado la guerra. La guerra está aquí. Su padre se agacha y la abraza. Tarda mucho en conseguir dejar de llorar, y él la abraza todo el tiempo. Le seca las lágrimas con su pañuelo antes de marcharse.